



EDUCACION MODERNA DE LAS FAMILIAS.

NARRACION POR PAUL FEVAL

TRADUCIDA

POREL P. LUIS COLOME, S. J.

LOVIA á más y mejor, la excursion proyectada naufragaba por completo en aquel chaparron inmenso. La quinta estaba llena de gente que disimulaba su mal humor y entretenía su aburrimiento, mirando por las ventanas cómo se desgajaban las nubes y se convertían los cómodos caminos en intransitables barrizales. Recordó entonces uno, que la amable Condesa había prometido leernos un capítulo de sus "Memorias," y todos opinaron que con dificultad se ofrecería otra ocasion tan oportuna, como la que á la sazón se presentaba.

Hízose ella de rogar algun tiempo, y recuerdo que ántes de ceder á nuestras instancias dijo estas palabras:

—Cuando hablo de aquella época en que tuve á gran honra trabajar para mantener á mi madre y á mis dos hermanas, me parece siempre que me alabo.

Abrió entonces su cuaderno, y puso este solo prenotando:

—Todo esto me sucedió, un año ántes de mi casamiento.... Habíamos venido á Paris á ocultar nuestra ruina; yo tenía un cuarto bastante grande y muy separado del de mi madre, para poder allí dar lecciones sin molestarla..... Pero las lecciones no venían, y mi pobre madre, en vez de buscar la proteccion de las gentes de su clase, se ocultaba de ellas.... Tenía yo entonces veinte años.

I

DE CÓMO CONOCÍ A LA SEÑORITA DOÑA ESTELA, MUJER FUERTE.

..Habíame escrito aquel dia una carta un buen señor, llamado Pantois, oficial primero en uno de los negociados del Ministerio, á quien mi padre había hecho algunos servicios en los tiempos de su influencia política. Decíame el buen Pantois, que me había recomendado á su respetable prima, la famosa señora de Desgibecières, cuyos prospectos y

biografía, me enviaba adjuntos. Puede mucho una esperanza cuando no se tienen muchas, y á pesar de que por aquel tiempo la prematura madurez de la desgracia me había hecho conocer algun tanto el mundo, corrí triunfante á leer aquella carta á mi pobre madre; recuerdo que en toda la noche pude pegar los ojos.

Por si hay álguien en Francia, ó á lo ménos en Europa, que no conozca á la señora de Desgibecières, voy á decir cuatro palabras sobre esta mujer verdaderamente ilustre, á quien debe la humanidad la "Educacion moderna de las familias," una de las más pintorescas charlatanerías que ha producido nuestro siglo. Segun el prospecto, nada tan sólido ha discurrido la humanidad desde el comienzo de las edades, como el plan de estudios de la Educacion moderna de las familias, y las jóvenes segun él formadas, aprenden con igual perfeccion desde el "crochet" hasta el sanscrito, desde espumar el puchero hasta bailar en la cuerda floja, desde el salto mortal del trampolin hasta la lengua nativa de los tanganikas.

El "Plutarco contemporáneo," revista biográfica redactada por una sociedad de notabilidades literarias, científicas y militares, había publicado un breve extracto de la vida de aquella mujer ilustre. La señora de Muscadet Desgibecières, Catulat por su familia, era viuda de un compañero del infortunado Lapérouse, gloria malograda de la marina francesa. Y ciertamente que si el atrevido explorador no hubiese tenido el peligroso capricho de buscar un paso á través de los hielos del polo, nunca, ni por ningun concepto, hubiera parado en directora de un colegio, por ilustre que fuese, la hija primogénita de los Catulat. Porque Catulat padre, había educado á su hija para princesa, y con esta intencion laudable, púsole por nombre el de Aurelia; mas Aurelia encontró la primera desgracia en su corazon, libre, independiente y generoso, que no tuvo paciencia para aguardar al príncipe que Catulat padre esperaba, y se entregó por completo á un jóven marino, sin otros bienes que su espada, dándole al pie de los altares el sí de las esposas. Este jóven, entonces afortunado, era Muscadet Desgibecières.

Catulat padre, implacable y cruel, desheredó entonces á la enamorada pareja, volviéndose á casar, y murió á poco desgraciado. La señora de Muscadet Desgibecières Catulat, olvidó ante la muerte todos sus agravios, y

corrió á depositar una corona de flores artificiales sobre la tumba de su padre. El "Plutarco contemporáneo," añadía á este propósito: "Este rasgo pinta un carácter."

Absorta yo en todas estas imaginaciones, preparábame al otro dia para cualquier evento, cuando oí en el patio, á eso de las diez, una voz que preguntaba por la señorita Doña Susana; era éste mi nombre de combate. Algun vecino indicó sin duda mi cuarto, porque de allí á poco, llamaron á la puerta.... Dióme el corazon un salto en el pecho, porque me pareció al punto que de aquella manera y no de otra, debía de llamar á la puerta la mujer célebre con quien tan estrechas relaciones habían de unirme en adelante. Así fué, que miétras corría apresuradamente á abrir, corría tambien mi imaginacion, que es ligera é incansable, trazándome el retrato de la señora de Desgibecières. Para ser viuda de un compañero de Lapérouse, preciso era que su edad fuese muy avanzada; porque aunque yo no tenía presentes con exactitud las fechas en aquel momento, recordaba sin embargo, que la pérdida del ilustre marino coincidió con los primeros episodios de la revolucion, y segun este cálculo, la señora de Desgibecières, Catulat por su familia, debía de contar ya más de cincuenta y cuatro años de viuda. ¿Pero qué supone medio siglo, para una mujer que ha tenido por biógrafo á un Plutarco, aunque sea contemporáneo?....

Abrió la puerta, y encontréme entonces cara á cara con una enorme mujerona de más de cinco pies y seis pulgadas de estatura. Hízome una modesta reverencia, que se avenía muy mal con aquel volúmen, y me preguntó:

—¿Es V. la señorita Doña Susana?.....

—Sí, señora, respondí.

Y como notó ella que no distinguía yo en mi respuesta el señora del señorita ("Madame y Madamoisellie,") se apresuró á añadir con una infantil sonrisa:

—Tambien yo soy señorita....

Entramos entonces en el gabinete, y le supliqué que descansase un momento..... ¡Imposible que fuera aquel pedazo de carne la viuda de un compañero de Lapérouse! Remataba aquella estatura de gastador, un rostro redondo como la luna llena, de treinta á treinta y cinco años cuando más, tímido, risueño, bobon, que presentaba el extraño aspecto del candor esculpido en carne humana, cargando las espaldas de un Hércules, á dos metros sobre el nivel del suelo.

La colosal señorita no quiso sentarse, y

con sus ojillos azules, inocentes y tímidos, pasaba revista á todos los rincones del cuarto.

—La señora me ha encargado que mire bien, murmuraba entre dientes.

—¿Quién? pregunté yo. ¿La señora de Desgibecières?...

—¡Oh, no!—me respondió... Es decir... En fin, ya lo verá, usted... Pero vamos listos...

Parecióme aquella manera de hablar bastante poco delicada, pero hubiera sido entonces para mí escrúpulo grave, juzgar mal de nada ni de nadie que con la respetable señora de Desgibecières tuviera el más remoto punto de contacto.

—Yo me llamo Estela, —prosiguió la doncella gigantesca... Ya sabrá V. aquello de "Estela y Nemorino;" yo he leído todo eso, porque claro está, como me llamaba también Estela... Pero vamos listo, que si no tendré que pagar la multa en casa.

—Cuando V. guste, me tiene dispuesta, —respondí yo muy asombrada.

—Pues mire V., —dijo ella al llegar á la puerta; no será gran trabajo vivir siempre tan bien alojada... La señora me encargó que mirase bien todo, para saber cómo andaba esto.

Parecióme haber oído mal, y así se lo dije; mas ella, sonriendo siempre con su desesperante inocencia, me contestó:

—Ya sabe V.; á la señora le gusta meter en todo las narices.

Subimos al coche, y la señorita Doña Estela dijo al cochero:

—¡Al colegio... y á buen paso, que si no pagarás tú la multa!...

—Dígame V., —añadió de pronto, cuando ya el coche comenzaba á ponerse en movimiento. Usted no tiene cara de tonta... ¿Cómo se mete V. entonces en casa?...

—¿Pero acaso se está allí mal?—pregunté yo muy espantada.

—¡Caramba!... Lo que es yo, estoy allí por mis puños: por eso no me fastidian mucho... En el gimnasio sostengo á pulso á las niñas en la cuerda; y cuando vienen los papás, les dicen mostrándome á mí:

—¡Vea V. si sirve la gimnasia!...

Sacó un caramelo del bolsillo, y se puso á chuparlo como una golosa de seis años.

—Y no debo yo mis zancas á la gimnasia, —prosiguió sonriendo maliciosamente. ¡Ya lo creo!... Ni á la "Educación moderna de las familias."

—¿Y á las otras, —pregunté yo, se las mortifica mucho?...

—¡A las inspectoras?... ¡No me hable V. de eso!... Ganas me dan de pegarles, porque se dejan zarandear de ese modo...

—Entonces la señora de Desgibecières áser muy mala...?

—¿La señora de Desgibecières?... ¡Pobre mujer!... Yo no sé cómo tiene la cara... Pero despues de todo es un colegio á que no se puede pedir nada: setenta y seis pensionistas de primera, y luego las de segunda y además las externas!... ¡Ah! ya sabe la señora lo que se pesca... Lo que es para eso...

—¿La señora de Desgibecières?—pregunté yo.

La colosal Estela me miró compasivamente, y me dijo con singular franqueza:

—¡Pues no es V. poco tonta!... Pero á fé que no necesita mucho talento para ser inspectora... Si fuera para la gimnasia, sería otra cosa... ¡Ah, caramba! míreme V. á mí!...

Detúvose al cabo el coche ante un vasto edificio del barrio de Cliey. Encima de la puerta cochera, había una muestra colosal, en que aparecían escritas estas palabras que comenzaron á deslumbrarme un poco:

"Educación moderna de las familias."

Por debajo, en un elegante medallón, se leía el nombre de la señora Desgibecières, Catulat por su familia: á los lados de la puerta, varias inscripciones pintadas al fresco, indicaban el comercio de la casa. A la derecha

se leía: "Abolicion de los pequeños pesares de la infancia.—Instrucción exenta de todo fastidio.—Sistema cromático."

Todos los dentistas tienen esta misma pretension, de arrancar las muelas sin dolor.

Despues de estas palabras "sistema cromático," llenas de misteriosas promesas, había un guion. Despues, y siempre á la derecha de la puerta cochera, decía la pared: "Suavidad en vez de violencia.—¡No más lágrimas!—Verdadero progreso de la civilización."—Un guion.

Más á la derecha "Ciencia infusa.—Manjares para inteligencias jóvenes.—Lactancia del corazón."—Un guion.

Más á la derecha todavía: "Palanca mortal aplicable á todas las edades y á todos los talentos.—Maternidad mútua.—Gradaciones infinitesimales del esfuerzo.—Equilibrio.—¡Conciencia,!" y para terminar, un elegantísimo rasgo.

A la izquierda de la puerta y al frente de todo se leía: "Rehabilitación de la especie humana bajo el punto de vista fisiológico.—Abolicion de la enfermedad de los niños.—Seguro contra los inconvenientes del desarrollo."—Un guion.—"Recreo higiénico.—Teoría de los alimentos.—Restauración material.—Lógica del movimiento.—Harmonía de las funciones."—Un guion.

"Gimnasia por competencia.—Resurrección de las curvas en los contornos.—Refundición completa de organismos en decadencia.—Sistema palestral."—Otro guion.

"Salud por el ejercicio muscular.—Paz del corazón por la salud.—Mejora de la raza.—Vigor, felicidad, honor.—Edad de oro," y para terminar, otro elegantísimo rasgo.

Dos bajos relieves debidos al cincel de un fabricante de monumentos funerarios, completaban esta brillante serie de inscripciones. El primero simbolizaba el sistema cromático ó lactancia del corazón, por medio de una pequeña hija de Esparta, que chupaba un biberon, sistema Darbo, cuyo recipiente estaba formado por una gramática de los hermanos Cescherele. La pequeña espartana parecía por su parte chupar aquella ciencia infusa gramatical, con la mayor satisfaccion del mundo.

El segundo bajo relieve representaba el sistema palestral, tomado de la edad de oro. Dos doncellas lacedemonias jugueteaban con balas de á cuarenta y ocho, mientras que otras niñas, paisanas también de Agesilao, manejaban la maza, bailaban con la cabeza para abajo y los pies para arriba, ó levantaban con los dientes enormes adoquines, relegados sin duda á este uso por el útil invento del madacam y del asfalto.

—¿Eh?... ¿Qué tal?—me dijo la maciza Estela mientras bajábamos del coche. ¡Esto se llama estilo!

Yo, mientras tanto, hacía involuntariamente esta reflexión exactísima:

—Si la señora de Desgibecières, Catulat por su familia, hubiera encontrado en su camino al ilustre D. Hermógenes de Moratín, en vez de encontrar al compañero de Lapérouse, se hubieran entendido perfectamente estos dos grandes talentos.

Porque debo advertir de paso, que todo esto pasaba en los tiempos de Luis Felipe, época la más fecunda en palabrería hinchada é ininteligible. Llamábanse á sí mismos los charlantes de entonces, "hijos de la ciencia," y los había entre ellos lo bastante imbéciles para creerlo así muy seriamente. Todavía quedan para muestra algunos ejemplares del género.

—¿Pero no me dice V. lo que le parece todo esto?—insistió mi colosal compañera.

—Muy hermoso, respondí.

—¡Ya lo creo!... Como que soy yo la encargada de restaurar las ventajas físicas... ¡Figúrese V.!

—¿Pero no es la señora de Desgibecières quien...?

—¿Quien ha hecho todo esto?—me interrumpió la robusta Estela. Sí... es decir; quizá... puede ser... Porque despues de todo, la

"señora," no es la señora de Desgibecières.

—¿Cómo es eso?...

—Pues ya lo verá V... Y casi puede decirse que tampoco es la "señora" quien... ¡Pero vamos listo, que me van á sacar la multa!...

Y me arrastraba tras sí cual si fuese una pluma, mientras corriendo yo tras ella le preguntaba:

—¿Pero qué hace entonces la "señora?"...

Porque aquella "señora," que no era la señora de Desgibecières, iba tomando ya ante mis ojos aspectos fantásticos.

—Pues la "señora" no hace nada,—me respondió Estela.

—¿Pero no es ella la dueña de todo?

—¡Oh! lo que es eso sí... ¡Ya lo creo!...

—¿Y no es todo esto invención suya?...

—¡Ca!... ¡Tampoco!...

—¿Pues de quién es?

—De la Ardilla.

—¿Pero quién es la Ardilla?...

—Un viejo más listo que el diablo... ¡Pero vamos pronto, que me sacan la multa!

II

DE COMO ENCONTRE OTRA MUJER MAS FUERTE QUE LA ROBUSTA ESTELA.

Habíamos atravesado mientras tanto un extenso patio muy limpio, y á través de unos arcos ví á lo lejos un hermoso jardín, en que algunas niñas vestidas con extraño uniforme, comían rebanadas de pan con manteca, corrían, saltaban, ó "boxeaban" á la inglesa, con mucha seriedad y aplomo. Esta fué la primera manifestación que se presentó á mis ojos del sistema palestral de la edad de oro.

Debo decir, sin embargo, que todas aquellas niñas parecían rebosar salud, y que al subir la escalera llegó á mi olfato un sustancioso olor á carne asada. La señorita doña Estela hinchó las narices para aspirar con delicia aquel exquisito perfume, y me dijo con la boca hecha agua:

—¡Oh!... Lo que es aquí se come bien...

¿Tiene V. buen apetito?... Yo devoro; y si no fuera por las multas!... Espere V.; aquí está ya el despacho de la "señora..."

Estábamos en un corredor de aspecto monumental, y la puerta ante la cual nos hallábamos, tenía encima esta inscripción:

"Mens sana in corpore sano."—"Fuerza, elasticidad, pensamiento.—Despacho particular de la señora de Desgibecières, Catulat por su familia."

—¡Gracias á Dios!—exclamé yo.—¡Ya pareció la señora de Desgibecières!

La robusta Estela se encogió de hombros según su costumbre, y me interrumpió diciendo:

—¡Vamos listo!

Llamó á la puerta, y una voz contestó desde dentro:

—¡Entre!...

La robusta Estela me empujó dentro como quien echa una carta por el buzón del correo, y repitió detrás de mí aquella tímida y modesta reverencia, que tanto contrastaba con su estatura de Hércules femenino.

—Aquí está la señorita doña Susana,—dijo.

Y con un guiño picaresco que quería ser misterioso, añadió:

—Aquello... malo, malo... Un quinto piso, bajo el tejado, con muebles de tres pesetas el alquiler, todo limpio, pero...

—¡Calle!—gritó la "señora" vivamente.

¡Nuevo desengaño!... Tampoco era aquella la viuda del compañero de Lapérouse; su edad lo decía bien claro, pues era más joven y también más fea que la monumental Estela. Difícil hubiera sido calcular con exactitud el número de sus primaveras, porque era su fisonomía de esas que parecen desafiar el arte de precisar las fechas; parecióme, sin embargo, á primera vista, que la "señora" podría muy bien contar de veinte y ocho á treinta y dos años.

Estaba sentada ante un escritorio de hombre, en un gran sillón de brazos, semicircular, con asiento de cuero, semejante á los que usan

los abogados, los escribanos y algunos poetas. Su traje de severa elegancia en nada realzaba su figura, porque era de esas mujeres que lo mismo aparecen vestidas de percal que de raso; éstas suelen ser las muy bellas ó las muy feas, y ella se contaba en este último número. Cuando nosotras entramos escribía muy de prisa, y tuve un segundo para examinarla.

Parecióme más bien baja que alta, á juzgar por lo que pude presumir de su estatura, estando sentada. Tenía el talle bastante esbelto, ó por lo ménos muy apretado bajo el cuerpo de su vestido de rica seda, cerrado con botones. Las espaldas eran anchas y altas, el cuello corto, el rostro sanguíneo, bajo un cutis muy duro, que le daba esa palidez matizada de rojo, tan notable en algunas morenas. Ella lo era mucho, y tenía la frente estrecha, pero larga, hermosos cabellos y buenos ojos. Las cejas eran dos matorrales, que se hubieran podido rizar con tenacillas en forma de tirabuzones. Su nariz aplastada caía sobre una boca muy grande, cuyo labio inferior formaba una especie de globillo rojo. Todos los rasgos de su fisonomía revelaban enérgico vigor y fuerza de voluntad.

Cuando acabó de escribir y en el momento en que cortaba la palabra á la colosal Estela, con aquel oportuno—¡Calle!—su mirada se fijó sobre mí un momento, tan viril y tan penetrante, que me ví forzada á bajar los ojos. Miró su reloj y dijo:

—Cuatro minutos de retraso. ¡Un franco de multa!

—Pero, señora,—gritó Estela medio llorando;—si el cochero.

—Y otro franco por haber respondido,—añadió la “señora.”—Total dos francos. Queda anotado: vaya V. á su obligacion.

Y anotado quedó en efecto, en un gran cuaderno que ante sí tenía la “señora” lleno de apuntaciones por el estilo. Seguramente que sólo el artículo de multas, debía de producirle á fin de año, una renta bien pingüe.

—Acérquese V., hija mía,—me dijo.

Su voz era dulce y vibrante, y sabía ella explotarla, cuando tomaba el tono y los modales de una verdadera dama distinguida. Esto, sin embargo, no era más que un detalle, porque la “señora” poseía otras muchas prendas, encerradas en una sola, que á todas las abarcaba; era una mujer de genio.

Porque genio y mucho se necesita, para fundar en nuestra época una casa de educación, que se levanta sobre el nivel de tantas y tantas otras como con abundancia lastimosa se encuentran por todas partes. Cada solterona que riñe con el estropajo y con la escoba, alcanza un diploma de maestra en las escuelas del Municipio, arrienda un piso en cual quiera casa, ó imprime circulares y prospectos, en que canta á los padres de familia la antigua cantinela de la sirena escolástica. En cada calle de Paris, encuéntranse tres ó cuatro de estas solteronas: de cada diez de ellas, cinco se mueren de hambre, las otras cinco adelgazan.

Preciso era, pues, ser una mujer de genio, para conquistar sesenta y tantas colegialas á mil y quinientos francos al año, sin contar las medio pensionistas y las externas; preciso era encontrar algo nuevo, y la “señora” lo había encontrado todo.

Había encontrado á la venerable señora de Desgibecières, Catulat por su familia, viuda de un compañero de Lapérouse. Había encontrado el sistema cromático, la ciencia infusa, la gradacion infinitesimal del esfuerzo; había encontrado la abolicion de la enfermedad entre los niños, la teoría de los alimentos, la armonía de las funciones, todo el sistema palestral!

Había encontrado, en fin, la “Educacion moderna de las familias.”

Peró todo esto era nada sin la Ardilla y la “señora” encontró tambien la Ardilla.

¿Peró quién era la Ardilla? La Ardilla era una bestia y un literato, un filósofo, un salvaje, un esclavo, un duende encerrado en una botella, un prospecto continuo, un or-

ganillo viviente que tocaba trozos de educación, un viejo, un niño, un frenético por la libertad que se encerraba voluntariamente en una jaula. La Ardilla era el espíritu de la “señora,” su respiracion, su fuerza, su pluma, su pensamiento. Sin la Ardilla, la “Educacion moderna de las familias,” hubiera sido un reclamo como tantas otras charlatanerías; pero la Ardilla inventaba, funcionaba, mantenía el fuego sacro. ¡Ya conoceremos á la Ardilla!

Miéntas tanto, habíame yo acercado obedeciendo la órden de la “señora,” y sus ojos hacían el inventario completo de mi persona, con una sola y rápida ojeada.

—Mi primo Pantois,—dijo ella,—me ha hablado de V., y segun sus informes, posee V. educacion muy distinguida. ¿De dónde conoce V. á Pantois?

Expliquéle entónces las relaciones que habían existido entre mi padre y el oficinista, y ella me interrumpió al punto con un tono y un gesto, en que cualquiera hubiera creído reconocer á la verdadera gran señora.

—Que no la ofendan á V. mis preguntas, hija mía,—me dijo;—porque no es esto un interrogatorio ocioso. No preguntaría tanto, si quisiera hacer de V. una inspectora de estudios, ó una mera maestra con seiscientos francos. Pero tengo con respecto á V. miras más elevadas; necesito quien me supla.

—¡Oh señora!—exclamé yo.—Quizá no sea capaz.

—Ahora lo veremos, hijita mía.

Creí al oír esto que iba á examinarme en regla, y me apresuré á añadir algo turbada:

—Pero advierto á V., que hace ya varios años que dejé los libros, y quizá fuera mejor repasar algunos días.

—¡Vamos, vamos!—dijo ella echándose á reír.—Esas pobres muchachas son todas lo mismo: siempre creen que el saber lo hace todo. Mire V., hijita: á la hora presente tengo diez y siete camas vacías en el dormitorio, y ni su geografía de V., ni su historia, ni su aritmética han de llenármelas. ¿Me comprende V? La ciencia es aquí lo de ménos: lo de más es no tener valores negativos en casa. ¿Sabe V. cuánto me cuestan esas diez y siete camas vacías, con la pension, el servicio, el equipo, los regalos y todo lo que debía de cobrar por ellas y no cobro miéntas no estén ocupadas? Pues cuarenta mil francos, hijita Susana. Digo Susana, porque supongo me permitirá V. tratarla con confianza.

Hicé una inclinacion de cabeza, y ella prosiguió.

—Pues sí, hija mía, cuarenta mil francos, y quizá algo más. Por eso no tengo inconveniente en ofrecerle mil escudés al año y mi propia mesa, si encuentro en V. lo que necesito.

La oferta era espléndida, para lo que suelen ser los colegios de Paris, y cierta estoy de que la “señora” no lo hacía por deslumbrarme, porque era mujer muy formal en su género. Sin darme tiempo á responder, continuó:

—Como V. comprenderá, esto es una verdadera posicion, y por eso deseo cerrar el trato con exacto conocimiento de causa.

—Si se trata de informes, señora,—le dije yo abriendo mi cartera,—aquí puede V. ver cartas de algunos amigos de mi padre.

—Sí. ya sé que su papá de V. murió, y sé tambien la dignidad con que su señora madre sobrellevaba su desgracia. Si tuviera necesidad de pedir informes sobre su capacidad de V.

—Sobre ese punto, señora,—le respondí.—será el único en que le suplique una poca de indulgencia.

—¡Ah, querida mía!—exclamó ella riendo;—en ese punto justamente es en el que no he de transigir un ápice. Pero no se asuste V., que cierta estoy de que hemos de entendernos. Siéntese V. y hablemos.

Adelantóme ella misma una silla, y la

atrajo hacia á sí, cuando estaba ya sentada. Tenía el pulso de un gimnasta.

—Sé que ha frecuentado V. el mundo,—añadió despues de un momento de silencio;—el gran mundo, se entiende.

—Un poco, respondí.

—Lo bastante para que se le conozca á primera vista. Aquí no se trata de que posea V. ó no, esos conocimientos triviales que se enseñan á las niñas, porque tendrá V. muy poco trato con ellas. ¿Habla V. algunos idiomas?

—Sí señora, cuatro.

Creí que me iba á echar los brazos al cuello, al preguntarme entusiasmada;

—¿Cuáles?

—El aleman, el inglés, el italiano y el español.

—¡Magnífico!—exclamó.—Es V. un hallazgo para mí; un verdadero hallazgo! Ya ve V. que no gasto muchas diplomacias: será V. aquí la hija mimada de la casa y me reemplazará á mí, como yo misma reemplazo á la señora de Desgibecières. ¿Y quién sabe si andando el tiempo no llegará V. á tener parte en el establecimiento? Le prevengo que esto es una mina de oro, hija mía: una mina de oro, y muy abundante. Nada, Susana: se queda V. conmigo. Miéntas acabó yo mi correspondencia, hojeé V. esos folletos y de seguida la presentaré á nuestra querida directora, la mujer superior y verdaderamente incomparable, que viene á ser como la bandera de nuestra casa. Hará época en su vida de V., hija mía.

—¡Por fin!—me dije yo de nuevo.—¡Ya va á parecer la señora de Desgibecières, Catulat por su familia, viuda del compañero de Lapérouse.

Al ponerse á escribir la “señora,” había empujado hacia mí un monton de libritos y folletos, que llevaban todos al frente y en el dorso, la inscripcion sacramental: “Educacion moderna de las familias.” Abrí uno, despues otro, luego un tercero, lo ménos había dos docenas.

Los folletos eran programas ó pomposos alegatos destinados á probar, que en las otras casas de educacion morían los niños prematuramente, ó vivían idiotas, raquíuticos y contrahechos, miéntas que en casa de la señora de Desgibecières, Catulat por su familia, no se registraba en diez y siete años un solo caso de defuncion. Los folletos lo aseguraban bajo su palabra una y mil veces.

De aquella bienhechora morada salía la juventud erudita sin pedantería, salía sin hinchazon, con todos los gustos y modales de la sociedad más culta y elegante, con la salud, la hermocura y el conjunto, por lo general completo, de todas las buenas cualidades. Los folletos las enumeraban una á una.

El hombre que unía su suerte á una jóven educada en el colegio de Desgibecières, podía estar seguro de llegar por obra y gracia de su esposa, á los más altos puestos de la escala social. Los folletos lo probaban con números y estadísticas. Del colegio de Desgibecières, célebre en toda Europa, habían salido hasta entónces tres mariscalas, once generalas de division, ocho presidentas, veinte y dos consejeras, diez y seis prefectas y catorce recaudadoras generales del Banco de Francia.

Y esto, solamente en territorio francés; porque en Inglaterra, tenía ya el colegio Desgibecières una consejera de la Corona, una lady del Almirantazgo, otra lady virreina de Irlanda, y una Arzobispa anglicana primada.

En Alemania, sesenta y ocho doctoras, de las cuales eran treinta y una maestras de capilla; lo cual notaban muy bien los folletos, como testimonio de la excelente escuela musical del colegio Desgibecières. Citábase tambien el hecho portentoso de la jóven baronesa de Spiegelroufmeyerzchaft, que habiendo perdido el brazo derecho despues de infortunios variados, amamantó todavia uno tras otro á sus ocho baroncitos, ayudándose en su maternal tarea, con sólo la mano izquierda. Su cer-

tificado estaba al frente del folleto, legalizado por el burgomaestre.

En Bélgica había una ministra del interior, una tesorera y una editora. En España una princesa de la Fama, una duquesa de la Gloria, una marquesa de la Abundancia y la señorita doña Dolores García, primera bailarina en el teatro de Zaragoza; lo cual probaba la excelente educación coreográfica del colegio modelo.

En Rusia... ¿Pero quién no sabe que en Rusia sale toda persona decente del colegio Desgibecières?

En resumen: aquel monton de libritos y folletos eran las piedras, labradas y talladas ya, para levantar el monumento definitivo de la "Educación moderna de las familias." Ellos solos podrían sustituir, con gran ventaja, á cuanto hasta el día se ha escrito en libros y prospectos; todo estaba allí, desde la ciencia de cocina hasta la prosodia; desde la economía política hasta el arte de fabricar flores con la cre... La enciclopedia, la verdadera y formal enciclopedia, que tiene al mundo en expectativa siglos hace, estaba allí ante mis ojos y era la señora de Desgibecières, quien la había coleccionado!... ¿A cuándo,—exclamaba uno de los folletos,—espera el gobierno francés, para crear el orden de caballería femenina, que ponga una cruz de honor sobre semejantes pechos? ¿Qué existencia la de la señora de Desgibecières! ¿Qué trabajos! ¿Qué resultados!...

La "señora" seguía escribiendo, y cansada yo de admirar sus libros y folletos, comencé á registrar con la vista el despacho en que estábamos. Una alta y maciza biblioteca cubría por completo las paredes, sirviéndole de crestería una coleccion de bustos de mujeres célebres de la antigüedad. Desde mi asiento podía leer cómodamente los títulos de las obras que rellenaban los estantes: todo estaba allí; nada faltaba de cuanto notable ha producido el genio del hombre, desde los tiempos del diluvio hasta el advenimiento de Luis Felipe, bajo cuyo paternal cetro comíamos entonces y nos desarrollábamos. Asaltóme, sin embargo, una sospecha, que poco á poco fué mi excelente vista convirtiendo en certibumbre: aquella imponente coleccion de volúmenes, eran sin duda alguna de palo pintado, imitando con bastante perfección la forma y las encuadernaciones de los libros.

La "señora" terminó su correspondencia.

—Hemos concluido,—dijo.—Dispense V. que le haya hecho esperar tanto.

Tocó una campanilla que ante sí tenía, y acudió un lacayo de librea.

—Giromán,—dijo ella con el respetuoso tono de un gran visir, hablando del sultan reinante.—Pregunte V. si está visible mi respetable tía.

Giromán salió para volver á los pocos momentos. Tenía cara de pillo redomado, y con una sonrisa muy socarrona, dijo solemnemente:

—Tardará más de un cuarto de hora.

La "señora" hizo un pequeño gesto de contrariedad, y me dijo:

—Pues entonces, otra vez la presentaré á V. á mi respetable tía... Vamos á tratar ahora de nuestro negocio; estoy segura de que en un par de lecciones, le transmito á V. toda mi ciencia...

(Concluirá el próximo domingo)

FABULA.....?

Una noche de aquellas
En que la mar dormida nos parece
Otro cielo con luna y con estrellas,
Y en que la brisa con el ala rota,
Medio escondida entre los blancos pliegues
Débil el lienzo de la vela azota;
Una garza gigante
O albo cometa en el azul flotante
De léjos parecía
El buque hermoso de velámen recio

Que, confiado en su casco y en su fuerza,
Miró las tempestades con desprecio.

El Capitan, que con segura mano
Gobernaba el navío
Como á dócil corcel, y cuyo brío
Jamás pudo vencer el océano,
Se paseaba por el alto puente
El catalejo listo y la bocina.
Grave, reconcentrado, hasta terrible
Para hacer conservar la disciplina;
Mas, parco y muy sensible
Era aquel Capitan en cuya frente
Nunca se supo si agitaba su alma
El riesgo de borrasca prepotente
O la confianza de segura calma.

En tanto los marinos,
Entre el humo pesado de sus pipas
Y entre el vapor de generosos vinos,
Conspiraban audaces, intentando
Variar del buque el rumbo
Y despojar al Capitan del mando.
—Quién nos guía? clamaba algun rabioso:
Un hombre inepto, altivo y orgulloso,
A todo inaccesible, un oso viejo
Que nos hace sentir su omnipotencia
Y que jamás nos pide ni un consejo.
—Y el Capitan no sabe! otro decía,
¿Recordais aquel día
En que si más chocamos con la roca?
Valiente tontería!
Qué maniobra mandó! si no se apoca
El furor de aquel viento,
Os juro, camaradas,
Que hoy no me oyerais, ni contara el cuento.
—Es un déspota insigne, yo os propongo,
Dijo otro echando el humo á bocanadas,
Que, sin que el pillo nuestro intento note,
Le metamos ahora á un camarote,
Y ya que lo tengamos prisionero
Cualquiera de nosotros
Será nombrado jefe del velero.
—¿Si á descubrir llegare...? es hombre malo,
Y resistirse puede...—Pues entonces
Cual todo el que resiste, se va al palo!
—Muy bien! clamaron todos, es preciso
Que pronto nuestro intento se demuestre:
El Capitan será el Contraamaestre.
Viva la libertad! Dios esto quiso!
Marineros! valor! al puente vamos!
Después que el Capitan ya no lo sea
El gobierno del buque organizamos.

Llegó el siguiente día;
Sola, sin sol, como llorosa viuda
La mañana se vió triste y sombría,
Mas en el buque aquel se la saluda
Con salvas y con gritos de alegría.
Todo está allí cambiado;
Al orden y al silencio han reemplazado
Las disputas, los vivas, la algazara;
El Capitan ya se halla prisionero,
En su lugar está el Contraamaestre;
Del sol la altura toma el carpintero,
El médico es el jefe de cocina
Y el timon lo maneja el cocinero.
¡Truena la tempestad! el mar y el cielo
Con furia estrujan el hermoso casco
Que ya desmantelado, en torpe vuelo
Y en medio de tinieblas,
Va á estrellarse en las rocas del peñasco.

Perdonadnos, señor! los marineros
Dicen abriendo al Capitan la puerta
De su prision oscura,
Va el abismo á tragarnos,
La catástrofe es cierta,
Mas vos podeis salvarnos.
Decid! Qué hacemos? Aunque el viento zumba
Oiremos vuestras órdenes sumisos;
El cielo nos castiga
Y se abre el mar para ofrecernos tumba!
Capitan, perdonadnos.....

Afligido
El viejo Capitan mira á su gente
Y responde:—Qué tarde habéis venido,
La tempestad no calma,
El barco se retuerce en la agonía.....
Encomendad el alma
A Dios, que el cuerpo cuando llegue el día
Ha de caer envuelto en los retazos
De las velas del buque.....
Preparáos á morir, que ya el abismo

Os aprieta y ahoga entre sus brazos!

.....
Chocó el buque en la roca, y en el mismo
Instante de chocar, saltó en pedazos.

De esta historia muy vieja
Podéis, lector, sacar la moraleja.

PAWLIK.

Bogotá, 1897.

PROTECCION DE MARIA.

NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA.

OSCURA es la noche; ni la luna despide
su melancólica luz, ni las estrellas apa-
recen en el horizonte.

Los Alpes están cubiertos con su capa
de nieve, que se extiende tambien muchas le-
guas por la llanura.

El viento huracanado levanta sendos torbellinos de nieve que cubren la vista de un infeliz viajero que muerto de frío y aterrorizado no sabe dónde coloca sus inseguras plantas. Gime y llora, y el silbido del viento y el eco de la montaña parece acompañarle en el terror, que aumenta en grados al grito hambriento de los lobos que buscan cómo matar su hambre.

¿Dónde vas, viajero, entre esas montañas llenas de escabrosidades y entre peñas escarpadas y horribles precipicios? ¿Te atreves á caminar en una noche tan oscura, desafiando los vientos y la nieve?... ¡Viajero, viajero! encomienda tu alma al Señor. La muerte, una muerte segura abre ya sus brazos pronta á ahogarte!

El viajero sigue penosamente su camino. Dentro el capuchon de su abrigo esconde el rostro para librarse de la inclemencia; su mano apenas puede sostener el palo en el que apoya su cuerpo fatigado.

—¡Dios mío! ¿dónde estoy?

Así exclama, parándose un momento para respirar, mientras la nieve pretende arrastarle debajo sus pies.

—Si hubiese pernoctado en Balherbe ¿cuán bien pasaría la noche! Buena cama, fuego abundante, vino generoso, cena opípara... El retardar un día más regresar al seno de mi familia poca cosa importaba. Ahora me veo sin saber dónde estoy, perdido entre la nieve, devorado por el hambre, el cuerpo molido y las piernas sin poderme sostener. ¡Dios mío, Dios mío! ¡salvadme!

Bien se esforzaba el infeliz viandante en recobrar sus fuerzas; todo era inútil. Su vista turbada sólo de vez en cuando se cerraba de espanto al ver los abismos que le rodeaban, y en ciertos momentos, cual presa del vértigo, chocaban sus dientes uno con otro, temblaba todo su cuerpo y flaqueábanle las piernas.

—¡Piedad, Señor! no mireis mis miserias, pero sí compadeceos de mi mujer y de mis hijos! ¡Virgen santa! acuérdate que he dado este rodeo para poderte visitar.

Y haciendo un esfuerzo supremo vuelve á ponerse en marcha, pero inútilmente; húnlese la nieve debajo sus pies, y el infeliz viajero desaparece exhalando un grito de terror y agonía.

Nadie hubiera presagiado un mal tiempo en el momento de despedirse Cipriano Bonnat de su esposa é hijos. Su ausencia no debía prolongarse más que tres días: uno para el viaje hasta Consolacion, otro para estar al lado de su hijo, estudiante del pequeño Seminario, y otro para regresar.

Todos los días recibían cartas de su hijo Augusto, en que indicaba deseos de ver á sus queridos padres. Nada le faltaba en el Seminario, y si al separarse de la familia no se impresionó, á los pocos días pudo calcular el valor de un bien perdido y que jamás hubiera imaginado tan grato.

¡Ah! nada más dulce que las delicias del

hogar doméstico, nada tan grato como la mirada vigilante y al mismo tiempo cariñosa del padre, como los cuidados de la madre y las caricias tiernas de los hermanitos.

—Ya que nuestro hijo desea vernos, iré á visitarle, había dicho Cipriano; pasará el pueblecito del Castillejo, y al regresar visitará la ermita de la Virgen de la Peña: es verdad que el camino es pesado y algo más largo, pero el cielo nos favorece con unos días tan hermosos que sería una ingratitud no visitar á nuestra Patrona para pedirle su bendición. ¿Qué te parece, Genoveva?

—Que me place visites á Augusto, yo quisiera acompañarte; pero soy vieja, temo el frío, y nuestros hijitos pequeños no pueden quedar solos; pero ya te acompañaré con el corazón y el pensamiento; quedaré contenta.

Mientras esto decía, al recuerdo de su hijo, una pícará lágrima deslizábase por sus mejillas.

Cipriano dispuso su marcha y almorzó á fin de poder atravesar el monte de San Hipólito en los Alpes ántes que desapareciera el sol.

Entre tanto la buena madre preparó un lio que entregó á su esposo.

—¿Qué me das aquí? ¿crees que mi viaje va á durar un mes? ¿Qué has puesto, que tanto pesa?

—Nada, un regalito para Augusto, y para tí un par de chuletas, un chorizo, un trozo de jamon, pan y castañas.

—Con que, adios.

—Espera un momento, ponte el capote, que no estará de más; el frío es muy intenso.

—¿Crees que soy un jumento para cargarme tanto?

—Ya te hará falta,—y suspendiéndole sobre sus espaldas añadía: Un abrazo en mi nombre á Augusto.

—Todo lo cumpliré, adios.

—Aguarda, encárgale no pierda la reliquia que le regalé, que sea devoto de la Virgen y que se aplique mucho.

—Está bien... ¿Todavía más?

—Mira, no le hables de mi reuma, ni de mi jaqueca; el pobrecillo se inquietaría; al contrario, hazle ver que estoy buena y que sus hermanitos crecen mucho.

—Acabáramos; ¡dichosas mujeres! nunca tienen bastante.

—Toma, no descuides el baston; el camino es largo y pesado.

—Capote, baston, chorizo, regalo, castañas, nunca he cargado tanto á mi borrico, decía Cipriano mientras se alejaba de su mujer é hijos, que no cesaron de mirarle hasta perderle de vista.

Cipriano encontró á su hijo robustísimo; sus mejillas rosadas y cierta gordura que notó en él le infundieron la sospecha de que tal vez no estudiaba; quiso cerciorarse, y su corazón rebotó en alegría al ver que profesores y discípulos alababan el talento y aplicacion de su hijo.

Al día siguiente cambió el tiempo, encapotóse el cielo, y amenazaba furiosa tempestad.

Cipriano quería partir, pero las súplicas y lágrimas de su hijo le detuvieron. Al día siguiente la nieve cubría montes y llanuras, el viento atormentaba al pobre viajero.

Augusto acompañó á su buen padre hasta el pueblo de Gigot; despídieronse entrambos, y Augusto encargó á su padre pernoctase en Balherbe y que no se expusiera á atravesar los Alpes en la oscuridad.

Cipriano temía que el temporal sería cosa de algunos días, como suele acaecer en los Alpes; así es que despues de haber comido en Balherbe emprendió el viaje entre nieve y viento; el mal estado del camino le presagiaba alguna desgracia, pero temía la ansiedad de su esposa é hijitos; hubiera podido evitar la penosa ascension de los Alpes, pero no quiere regresar al lado de su familia sin haber visitado el Santuario de Nuestra Señora de la Peña.

Crece la tempestad. Cipriano se extravía y sigue el sendero que le conduce á la cima

practicable de los Alpes, cruza veredas y más veredas en busca del sendero de la Peña, y no lo encuentra. Le hemos visto ya horrorizado, y hemos oído un grito de agonía al desaparecer entre la nieve.

Cipriano medio hundido busca un punto de apoyo en que descansar los pies; no lo encuentra, y cubierto de nieve y ahogándose exclama:

—Virgen santa de la Peña; ¿me has abandonado?

—No, le contesta una voz interior ó exterior, que él no sabe distinguir; y animado por esa voz agita brazos y pies hasta que cesa el arrastre, y levantando su cabeza de entre la nieve y al resplandor de una extraña luz casi hubiera preferido no abrir sus ojos, tanto le horroriza la situacion en que se encuentra. Si resbalaba un paso más, se abisma en un precipicio de más de 250 pies, donde le esperaba una muerte horrible y segura.

—¡Madre mía! exclama temblando extraordinariamente; y volviendo maquinalmente la vista, distingue á poca distancia suya una forma humana esbelta y graciosa que tiene en sus manos una lámpara cuya luz ni el viento ni la nieve pueden apagar.

—¡Salvacion, socorro!

—Ven, no temas, le dice la persona que sostiene la lámpara.

Al oír tal invitacion se siente animado, recobra el vigor que perdieron sus miembros entumecidos por el frío; llénase de alegría y santa esperanza, y emprende el camino con una agilidad asombrosa; sus ojos pueden conservarse abiertos á pesar del viento y de la nieve, siguiendo siempre la direccion de la lámpara.

Entre tanto se acerca á la luz, y al volverse la persona que la sostiene, reconoce Cipriano un rostro de mujer de una hermosura y esplendor divino.

Quiere exhalar un grito y prosternarse á sus plantas, pero al instante la vision desaparece.

Cipriano gira la vista en torno suyo, y se encuentra en la plazoleta que da frente á la capilla de Nuestra Señora de la Peña.

María salvó á Cipriano.

.....
Todos los años, al terminar el otoño, comienzan á arder delante de la santa imagen diez cirios muy grandes, dádiva del agradecido Cipriano, y que sus herederos procuran continuar aun hoy día con suma religiosidad.

P. V.

EL CONDOR VIEJO.

A RAFAEL POMBO.

En una roca de la sierra umbría
Vive un condor ya viejo y desplumado,
Que contempla la bóveda vacía
Con tan honda y tenaz melancolía,
Cual si estuviese allí petrificado.

Ya no puede volar, y cuando empieza
La blanca nube á coronar la altura,
Envidioso la mira, y con tristura
Inclina taciturno la cabeza
Sobre su roca incommovible y dura.

Sirve de escarnio á los demás condores
Que anidan en las cumbres de granito,
Y que, del hondo espacio triunfadores,
Bañan su cuello en mares de colores
Al desgarrar la aurora el infinito

En la noche, en los hondos agujeros
De su peñon, donde las brisas suaves
Se refugiau, él sueña cosas graves:
Ya, que eleva en el aire á los corderos,
Ya, que agarra en las nubes á las aves.

Mas, se mira las alas compungido
Y no halla en ellas ni siquiera rastros
De aquel tiempo en que hubiera hasta podido
Colgar su enorme y silencioso nido
De las rubias pestañas de los astros.

Cuando, al alzarse en inauditos vuelos,
Rozaba con el arco de sus plumas

Los bruñidos cristales de los hielos,
Al hundirse en el polvo de las brumas
Bajo el zafiro inmenso de los cielos;

Cuando, al rugir el Rey de los titanes:
El hondo mar que eterna rabia alienta,
Llegaba á los ignívomos volcanes
Por sentir estertores de tormenta
Y escuchar aleteos de huracanes;

Cuando, ávido de luz y ambientes puros,
Del sol siguiendo el luminoso paso,
Desde los altos peñascales duros
Iba á alumbrar sus ojos verdi-oscuros
En los rojos incendios del ocaso....

.....
Yo conozco un poeta desplumado
Como el condor aquel, cuya presencia
Es un mísero escombros del pasado.
¡Ya no puede volar! Hoy vive atado
A la roca fatal de la impotencia.

.....
Eso pensé de tí; más hoy que he visto
Que tú, viejo condor, con rudo aliento
Subes aún rasgando el firmamento,
Me espanto de mi error y me contristo
Presa del más atroz remordimiento

El mismo eres de ayer. La artera bala
Que cierto cazador disparó un día
Contra tí; no logró romperte el ala;
No eres momia ambulante todavía:
¡Tu espíritu inmortal vigor exhala!

Perdóname, poeta, si atrevido
Quise herirte tambien; fúlgidos rastros
Nos dejas al volar; no estás vencido!
Puedes aún colgar tu enorme nido
De las rubias pestañas de los astros!

JULIO FLOREZ.

Bogotá.

UN BAILE DE MASCARAS.

CAROLINA de Sandoval padecía del infortunio comun á tantas buenas mujeres: su marido era un redomado bribon, un tunante de frac y corbata blanca, un pillo muy bien educado y correcto... en ocasiones. A pesar de todo, Carolina quería con delirio á su marido, y, ya encomendando á Dios el asunto, ya poniendo en juego otra clase de medios y recursos, trabajaba siempre en la santa obra de volver á buen camino al extraviado y vicioso Ramon.

Anocheció el martes de Carnaval, tercer día que pasaba Ramon fuera de casa; en aquella temporada de orgías continuas tenía él mucho que hacer por esos mundos. Precisamente en la noche del martes se proponía asistir á un baile de máscaras en el teatro X, y Carolina lo sabía por una carta que el muy truhan se había dejado sobre la mesa de su despacho. Conmovida por la conducta de su marido, en vano intentaba Carolina serenarse, sobreponerse á sí misma, vencerse: no podía. Brincábale el corazón dentro del pecho, y salíanle de los ojos lágrimas ardientes que abrasaban su rostro. A solas, en el gabinete mal alumbrado por una bujía, próxima á extinguirse, sentíase abandonada y humillada. Estaba en aquella penosísima situacion de ánimo que describió admirablemente Kempis cuando escribió: "unas veces te dejará Dios, y otras te perseguirá el prójimo, y, lo que es peor, muchas veces te descontentarás de tí mismo, y no serás aliviado, ni confortado con ningun remedio ni consuelo."

Abrióse la puerta del gabinete, y apareció la condesa de Estrella Roja, jamona elegante, de buen fondo moral, pero algo mundana; de esas que encienden una vela á San Miguel y otra al diablo.

—¡Pobre Carolinita mía! ¿Cómo estás aquí tan triste y tan sola?

Carolina, por toda respuesta, rompió á llorar. Y despues, entre suspiros y lágrimas, dejándose llevar de esa necesidad de expansion que sienten los espíritus atribulados, y que es prueba de la naturaleza social del hom-

bre, contó á la condesa la dolorosa historia de sus aventuras.

--Hija mía—dijo la condesa sonriéndose—no tomes las cosas tan por lo trágico.

Los hombres, como en tiempo de Godoy, pillos eran ayer, pillos son hoy.

De esa tela todas tenemos un vestido. Quizá tu marido huya de tí por verte tan beata y tan encogida. Hay que ser un poquito del mundo: eso no se opone á la religion. Mira, se me ocurre una idea. La he leído muchas veces en novela, y la he visto representar en el teatro. Pongámonos dos capuchones y vámonos al teatro; busquemos á Ramon, y le damos una broma picante. Es posible que consigamos hacerle efecto. Casos ha habido.

Carolina rechazó indignada la proposicion. ¡Ir ella á un baile de máscaras! ¡Qué horror!

Pero la condesa no se dió por vencida. Insistió, pintando aquel ardid como eficazísimo; recordó muchos casos en que había tenido satisfactorio desenlace, y tanto y tan diestramente argumentó, que acabó por convencer á Carolina.

Al señalar el reloj la media noche, salieron de casa la condesa y su pobre amiga, ambas cubiertas con amplios capuchones: el de la condesa rosa y blanco y el de Carolina verde y negro.

¡Qué malestar! ¡Qué remordimiento el de Carolina! ¡Cómo le aturdió la calle, entre cuyas sombras destacábanse las figuras de muchos encapuchados, y de otros que, sin disfraz, iban borrachos, tambaleándose de una á otra acera, gritando, cantando, blasfemando; algunos vomitando sobre las losas.

—¡Ay, condesa—dijo asustada Carolina,—esto es el infierno!

—De poquito te asustas, hija mía: ten valor, piensa en la buena obra que vas á hacer.

Ya tenían delante el teatro, cuya fachada resplandecía y fulguraba con los torrentes de luz eléctrica que despedían las letras de su nombre, artísticamente colocadas sobre la puerta. En el pórtico arremolinábase el gentío de máscaras de todos colores y de todos disfraces: había pierrots, diablos cojuelos, personajes históricos, aldeanos de pintoresco traje, y hasta [¡qué horror!] monjas y frailes. El carnaval nada respeta; la lujuria, que es su alma, es hermana de la impiedad. A Carolina horrorizaron aquellos repugnantes simuceros, y dijo por lo bajo á la condesa, en angustiado tono:

—¡Vámonos, vámonos!

—No seas tonta, muchacha—respondió la condesa, y, sujetándole el brazo, casi la arrastró á viva fuerza hacia el interior del salon.

¡Qué luz tan viva, tan intensa! ¡Qué abigarrado y chillon conjunto de colores! ¡Qué movimiento tan irregular y tumultuoso de figuras! ¡Qué murmullo, ó, mejor dicho, qué estruendo de voces, de gritos, de chillidos que apenas podía dominar la música, que tocaba un desatinado vals! Todo aquello producía una extraña impresion de mareo, algo que revolvía el estómago y daba dolor de cabeza.

Carolina se sentía verdaderamente aturdida. Tenía más ganas de llorar que ántes. Estaba pesarosa, arrepentida de haberse metido en aquel lance. No veía nada en concreto, sino aquel remolino de luz, de colorines, de risas, de notas de música, de caballeros vestidos de frac que pasaban dando el brazo á mujeres grotescamente disfrazadas: horrible confusión de cosas en que parecía verse palpar algo todavía más horrible y espantoso. Tenía aquello, sin embargo, su atraccion, y se notaba que la atraccion era de abismo.

—Condesa, condesa, yo me mareo.

—¡Qué te has de marchar? Busquemos á tu marido.

Al marido no se le veía por ninguna parte. A quien vieron venir fué al coronel H, hombre respetable en sociedad, irreprochable en su trato.

—Saludémosle—dijo la condesa. Fueron

hasta donde estaba, y la condesa, cogiéndole del brazo, mudando la voz, le dijo:

—Te conocemos, te conocemos. El coronel respondió riéndose:

—¡Ah! Entónces sois de la cáscara amarga; porque yo no conozco otras.

Carolina sintió el insulto como un alfilerazo en el corazon.

—¡Insolente!—murmuró por lo bajo al oído de su amiga.

Y cuando estuvieron algo aparte, añadió:

—No creía yo eso del coronel H.—Hija—dijo la condesa—eres una inocente. En los bailes de máscaras no se porta la gente como en los salones.

A Carolina le indignó este aspecto de los bailes de máscaras. Pero la condesa, convencida por el incidente de que su amiga no servía para el caso, sin preocuparse de Carolina, siguió dando bromas y recibíendolas, cada vez más animadas, de muchos hombres á quienes iba encontrando. Algunos se encaraban con Carolina, y le decían:

—Máscara, ¿eres muda?

La pobrecilla no podía responder, porque la vergüenza, la indignacion, el malestar que la dominaban, impedían á las palabras salir de su garganta. Y observando que la condesa enfrascábase cada vez más en las bromas, asombrada de la impudicia que iba descubriendo su amiga, más aún que de la grosería del coronel, se fué quedando atrás, atrás, lo suficiente para que en una de las vueltas de aquel arlequinesco remolino perdiese de vista á la condesa y se viese sola.

Entónces sí que fué grande su terror. Perdida la nocion del sitio, no sabía dónde estaba la puerta. Corría de un lado para otro, llorando debajo de la careta, no viendo á nadie, y chocando á muchos por su soledad y desatinados movimientos de aturdida. Se acordaba de su confesor, al que tendría que contar aquella aventura, tan rara para ella. Creía firmemente que había perdido su decoro. Se avergonzaba pensando que contaba entre sus amigos á la condesa y al coronel. Muchos hombres se acercaban á ella, y le decían piropos de burdel, le proponían ir á beber champagne á un palco, ó cenar opíparamente donde ella quisiese.

Al fin encontró la puerta. Se lanzó á la calle, como prisionero de una cárcel, sin acordarse para nada de la condesa. Pero, ¿á dónde iba sola á tales horas? ¿Cómo entrar en su casa? ¿Iba á llamar, alborotando á toda la vecindad? De otro modo, el sereno la reconocería.

Mas se puso á andar sin saber lo que hacía. Las calles estaban llenas de gentes que corrían, gritaban, blasfemaban; algunos pararon á Carolina, y le dijeron cosas todavía más groseras y brutales que las que había oído en el baile. Un guardia municipal le mandó que se quitase la careta. Ella balbuceó algunas palabras, y el guardia gritó:

—Si no te la quitas al momento, á la prevencion.

Tuvo que quitársela. ¡Qué espantosa vergüenza! Se cubrió como pudo, con el capuchon, y siguió loca, desatinadísima carrera, sin saber á dónde ir, ni por dónde, siguiendo unas calles, atravesando plazas, buscando los parajes de la ciudad que le parecían más apartados y solitarios. . . Lloraba á lágrima viva.

Cerca de las afueras se hallaba, cuando mirando hacia arriba advirtió que la blanquecina claridad del alba iba extendiéndose por el firmamento. Aquella luz fué para Carolina un consuelo y una zozobra más. Llegaron á su oído las campanadas, que anunciaban sin duda la primera Misa en un templo vecino. Carolina corrió hacia el paraje de donde venían los metálicos y alegres sonos, encontróse á la puerta del templo, que abría en aquel instante soñoliento el sacristan, y quiso entrar.

—Señora—dijo con tono regañón el sacristan—¿quiere usted entrar en la iglesia vestida de máscara?

—Ni en la iglesia podía entrar! Entónces corrió sin detenerse hacia su casa, esperó en

la calle á que el portero abriese, y se subió á su casa.

Su marido regresó poco despues. Venía cansadísimo, con cara de hambre, hastiado y fatigado. Al ver á su mujer, le dijo:

—¿Cómo estás levantada, Carolina?

—Vengo hace un momento—respondió ella—del baile de máscaras.

—Tú ¿del baile de máscaras?—gritó él hecho una fiera.

—Sí ¿y por qué no? ¿No vienes tú también?

Pero Ramon no estaba para bromas. Hubo que contar la historia, tal y como había sucedido. Ramon se enfureció de un modo horrible, y despues de apostrofar duramente á Carolina, cogió el sombrero y se volvió de nuevo á la calle.

—
Andando el tiempo, Ramon se convirtió; pero en ello sólo tuvieron parte las oraciones y las lágrimas de Carolina. Los medios ingeniosos de la condesa no consiguieron ningun resultado. Y Carolina se arrepintió siempre de haber accedido á la descabellada propuesta de su loca amiga, comprendiendo que ni por el mejor de los fines es lícito á los cristianos, es decir, á las personas decentes, descender á esos lugares de perdicion que se llaman bailes de máscaras.

ULTIMO GRITO.

Oh! bosques seculares,
Del silencio refugio y de la sombra!
Que el cielo y los eternos luminaires
Por techumbre teneis, y por alfombra
De hojas marchitas rumorosos mares!

Dadme un eterno asilo
En vuestros hondos laberintos frescos!
Ay! donde pueda reposar tranquilo,
Donde no sienta el penetrante filo
De mi dolor! oh bosques gigantescos!

Y cuando al fin termine la borrasca
De mi vida, en mí se acabe todo,
Mi cadáver cubrid con la hojarasca
De vuestros viejos árboles, de modo
Que no sienta del ábrego los besos,
Que no nazca una flor sobre mi lodo,
Ni nadie pueda descubrir mis huesos!

Julio Florez.

1897.

Colombiano.

EL ILMO. SR. DR. D.

Herculano López y de la Mora, DUODECIMO OBISPO DE SONORA.

LA tarde del 1.º de Noviembre del año pasado de 1896 tuve la honra de visitar á este Prelado que se hallaba en el pueblo de Tacuba, alojado en la casa de su condiscípulo, mi buen amigo y excelente compañero, el Sr. Plancarte Abad de la Insigne Colegiata Parroquial de Santa María de Guadalupe, quien tuvo la dignacion de ser no solo introductor sino favorecedor para adquirir las noticias que iba á solicitar acerca de S. S. I. Con una bondad tal me acogió, que jamás la olvidaré; de buen grado se prestó á contestar á cuantas preguntas le hice, tanto más de agradecer cuanto con alguién se había negado; solo me suplicó que no las publicara antes de su muerte.

Para que estas no se pierdan, pues tal vez sea yo quien primero salga de este mundo, y obsequiar en parte la peticion que se me hizo, procuraré no tributar el más minimo elogio con lo que lastimaría su modestia. (1)

El Sr. D. José María López y la Sra. D.ª Gertrúdis de la Mora tuvieron en su matrimonio nueve hijos, el cuarto fué el Sr. D. Herculano que nació en la villa de la Encarnacion

(1) LA VOZ DE MÉXICO en Julio de 1894 publicó unos artículos encomiásticos de este Prelado.

(Jalisco) el 3 de Noviembre de 1830. Antes de entrar al Seminario de Morelia, desempeñó en la iglesia parroquial de su país natal los oficios de cantor y de organista. Era desde 1846 su Cura el Sr. Dr. D. Ramon Camacho, pasó á Morelia para oponerse á la Canonía Magistral que adquirió y de la cual tomó posesion el 12 de Febrero de 1853. Llegó consigo al Sr. López, ingresó al Seminario y aprendió la gramática latina con los profesores Sámano, Saucedo y Altamirano (D. Prisciliano, capitular actual y una de las personas más doctas de la Santa Iglesia de Querétaro,) la filosofía bajo la enseñanza de los Sres. D. Estéban Coria, Lic. D. Luis G. Barrera y Lic. D. Andrés Cervantes Silva, la teología dogmática la adquirió con el Sr. Arciga, que hoy es el benemérito Metropolitano de Michoacan en dos años y otros tres los consagró al importantísimo estudio de la Teología Moral bajo el mismo magisterio.

El Ilmo. Sr. Munguía le confirió desde la tonsura hasta el sacro diaconado en esta capital durante el mes de Octubre de 1860.

Era yo entonces muy niño, y por bondad de este sapientísimo Obispo y despues Arzobispo primero de Michoacan, para mi dé imperecedera gratitud, le asistí en la celebracion de órdenes que hizo en México: estoy casi seguro que presencié las del Sr. López. Desterrados nuestros Obispos en 1861 nuestro diácono no pudo recibir el sacerdocio, sino hasta el 29 de Marzo de 1863 que se lo concedió el Ilmo. Sr. Obispo de Linares, Dr. D. Francisco de P. Verea en el Santuario de Nuestra Señora de Agualeguas [Cerralvo, Nuevo Leon.]

La primera misa la dijo rezada el 6 de Mayo del mismo año en el Clerical que entonces estaba en Celaya. En este establecimiento desempeñó la cátedra de Teología Moral hasta Marzo de 1864, que se le confió la cura de almas en San Jerónimo Purunchecuaru (al norte de la laguna de Pátzcuaro y donde nació el célebre P. Rivas, rector del Seminario de Morelia,) allí permaneció solo mes y medio, pues en Mayo se le ordenó que pasara á hacerse cargo de la parroquia de Charo donde estuvo hasta Octubre de 1868, que fué trasladado á la de Indaparapeo; se le obligó á dejarla en Julio del siguiente año, pues el mencionado Ilmo. Sr. Camacho, su Mecenaz y que iba á gobernar la diócesi de Querétaro, le nombró su Secretrario en cuyo honroso puesto se conservó tres años. En 1872 volvió á desempeñar el cargo de Párroco en Tanhuato [cerca de la Piedad;] por motivo de enfermedad dejó este lugar en 1879 y fué á Pénjamo, como encargado de la Sacristía. A principios del año siguiente, se le volvió á confiar la cátedra de Teología Moral en el Seminario Conciliar de Michoacan, la cual regentó cuatro años. En Mayo de 1883 perteneció al cabildo de esa Santa Iglesia Metropolitana en calidad de medio racionero y en 1886 ascendió á racionero. Desde el año anterior, 1885, fué nombrado Provisor y Vicario general, despues Gobernador de la arquidiócesi, juntamente con el Sr. Macouzet, hasta Septiembre de 1887, pues el 26 de Mayo había sido preconizado Obispo de Sonora. Estos datos, en general, se encuentran en la Bula de su nombramiento, inserta en la Primera Pastoral del Sr. López.

Vino á esta capital para prepararse á su consagracion por medio de los ejercicios espirituales que hizo con los padres jesuitas, en el ex-convento de Santa Brigida.

El 2 de Octubre, fiesta de la Virgen Madre en su advocacion del Rosario, recibió la plenitud sacerdotal en la catedral de Morelia de manos del Ilmo. Sr. Arzobispo Arciga, con la asistencia de los Sres. Cázares y Baron Obispos de Zamora y de Leon.

El dia 6 salió para Sonora, el 17 entró á Hermosillo y el 19 tomó posesion de su diócesi, en la catedral, dedicada á la Asuncion de la Santísima Madre de Dios.

Ha visitado las 23 parroquias que tiene su obispado, pues la de Sahuaripa no le ha sido posible; además las de la Paz, Mulegé, Santa Rosalía y la Ensenada de Todos Santos

del Vicariato Apostólico de la Baja California puesto tambien á su pastoral cuidado hasta Julio de 1895, que entregó éste el 3 de Diciembre y por disposicion de la Santa Sede, á los misioneros del Colegio de San Pedro y San Pablo para las misiones extranjeras.

El 8 de Diciembre de 1888 hizo la apertura de su Seminario Conciliar. Ha ordenado once sacerdotes, los que han sido insuficientes para atender á las necesidades espirituales de su grey, pues, como queda dicho, tiene 24 parroquias y sólo cuenta apénas con 16 Curas.

Ha dirigido á sus diocesanos 27 cartas pastorales.

Mucho ha trabajado en la fábrica de su Catedral, que pronto se concluirá. [2] Asistió á la celebracion del I Concilio de Durango en calidad de Padre del mismo, durante en el mes de Septiembre del año anterior. Terminado vino á esta capital por motivo de penosa enfermedad, felizmente logró el alivio, concurrió á la IV sesion solemne de nuestro V Concilio Mexicano el 26 de Octubre. Adquirió misioneros jesuitas y josefinos para su necesitada diócesi.

Asistió tambien al I Concilio Michoacano, como Consultor de su Metropolitano; concluidas sus sesiones ha regresado á Sonora. En diez años que tiene de gobernar esta diócesi, hasta ahora ha sido la primera vez que de ella se ha separado.

Dios conserve muchos años á este Obispo á quien tanto aprecia y respete y le viva muy agradecido,

FLORENCIO PAU.

(2) El 30 de Marzo del presente año, publicó EL TIEMPO en su pág. 2^a y columna 8^a lo siguiente:

“Catedral.—La de Hermosillo, Sonora, está casi terminada. Las dos airoas cúpulas del edificio están para concluirse. La Catedral ocupa una cuadra entera al Poniente de la plaza principal de la ciudad. La ceremonia de la consagracion promete estar muy suntuosa. Conocienda la piedad de los sonorenses, excusado es decir que hay gran júbilo en el Estado por la próxima terminacion de la Catedral.”

EL VIERNES SANTO. *

Vengo, Señor, transido de tristura
A regar con mi llanto tus altares;
Tus penas á llorar con amargura,
Mi pesar á anegar en tus pesares.

Hoy que el mundo cristiano conmovido
Llora en torno del Gólgota sangriento,
Hoy, que de vil madero suspendido
Vas á exhalar tu postrimer aliento.

Día de angustias, de penas y dolores,
De tristeza mortal y de quebranto;
Día en que el sol ocultando sus fulgores
La tierra envuelve en tenebroso manto.

Día cual otro ninguno enaltecido,
Desde el perdido Eden vaticinado:
Día en que el perdon de un mundo envilecido
Con la sangre de un Dios queda sellado.

Día en que va á realizarse un gran portento
Cual nunca vieron los pasados días;
Día en que van á tener su cumplimiento
Las terribles, sangrientas profecías.

Ya de Moisés los misteriosos ritos
En las sombras envueltos del pasado,
Como la antigua ley serán proscritos
Al comenar el Cristo su reinado.

Reinado del amor y la ternura,
Que cambiará la faz del mundo entero,
Porque será la ley que hoy se inaugura,
Escrita con la sangre del Cordero.

Del Cordero de Dios que da la vida
Para salvar al mundo delincuente,
Sin exceptuar á la nacion deicida
Por quien eleva su oracion ferviente.

¡Jerusalen, Jerusalen traidora!
¡La muerte vas á dar á tu Mesías!
¡Mas ay de tí cuando se llegue su hora!
“En sangre envueltos hallarás tus días.”

Ayer como á tu rey lo recibiste
Y hoy en pago á sus gracias y á sus dones
Le ofreces, olvidando lo que hiciste,
¡El patíbulo vil de los ladrones! . . .

Mas, tú Señor, que llamas al culpable
Y en tu seno lo estrechas bondadoso
Cuando él se reconoce miserable
Y tu perdon implora pesaroso;

[*] Por falta de espacio, no se publicó esta composicion en el número anterior.

Tú tambien al momento perdonaras
A ese pueblo obcecado, endurecido,
Y en tu seno amoroso lo estrecharas
Si á tus plantas llegara arrepentido.

Si siempre está tu corazon amante
Dispuesto á conceder grandes favores,
Hoy una sed te aqueja devorante
De salvar á los grandes pecadores.

Porque hoy es, oh Señor, el día bendito
Que con tu sangre y tus horribles penas,
Verán los hombres su perdon escrito
Y rotas del esclavo las cadenas.

Y de la cruz el signo venerado
En que hoy alcanzas sin igual victoria,
Será para tu pueblo rescatado
Pendon de libertad, signo de gloria.

DIEGO HERNANDEZ INIGUEZ.

DEUDA PAGADA.

Angel, que pertenecía al Catecismo de la primera comunión, desde aquella tarde apareció totalmente cambiado, radiante de alegría y dócil á los consejos de su profesor. Gastaba con éste verdadera familiaridad: cuando le veía desbandábase de las filas é iba á colgarse de sus manos, dábale cuenta del estado de su padre y le preguntaba:

—¿Qué debo hacer ahora?

—Reza, llora y gime, mi pobre Angel.

—Bueno, y ¿qué más?

—Escucha sin pestañear las instrucciones del Hermano, sube despues á la capilla para rezar el ACORDAOS por tu papá, en seguida ve á casa y repítele todo lo que hayas oído en el Catecismo. Por la noche y por la mañana al pedirle la bendicion, dile con cariño: Papaito, ¿comulgará vd. conmigo? ¿cómo he de comulgar yo solito?

—Sí, sí, Padre, pena me daría comulgar solo.

Y el pobre niño, rebosando esa alegría hija de su angelical esperanza, echaba á correr sin mirar siquiera á los transeuntes.

Amaneció el dia de la primera comunión. Los niños encontraban que la naturaleza toda comenzaba á ser más pomposa y risueña: las flores derramaban olores como de cielo, el agua, los vientos y las plantas unían sus voces en conciertos de agonía arrobadora; la bóveda celeste se encendía en brasas de amor y las aves á su modo entonaban cruzando por los aires el Gloria in excelsis Deo que los ángeles cantaron sobre la gruta de Belen.

El corazon de Angel, tranquilo, anheloso y puro esperaba la venida del que se nombró Rocío de los cielos, bien así como la azucena que con su fragancia embalsama el ambiente cuando al abrirse en la mañana alza su cáliz demandando á las nubes el rocío que mantiene su vida y lozanía. ¡Sólo los ojos del niño, aquejados y sombríos, estaban cual estrellas opacadas por nube tempestuosa!

—¡Padre, dijo apoyando su trémula manecita en la diestra del Sacerdote, voy á comulgar solito!

. . . Papá, que estuvo muy serio durante esta última semana, salió ayer al toque de las Ave Marías y no ha vuelto más.

—No te turbes, mi buen Angel; María te acompañará.

Unos instantes despues mil niños entonaban el himno de la primera comunión:

Ven, Hostia divina,
Ven, Hostia de amor,
Ven, haz en mi pecho
Perpetua mansion. . . .

con el entusiasmo y ardor propio de sus juveniles años, y del estado de sus inocentes almas anhelantes del supremo y felicísimo momento de albergar en su pecho y estrechar contra su seno al divino prisionero de nuestros altares.

Ya el Sacerdote repartía el Pan de la vida á los niños, cuando un hombre, en cuyo rostro se descubrían las huellas del vicio, empapadas, eso sí, con lágrimas de arrepentimiento, vino á colocarse junto á Angel. Era su padre, quien despues de pasar un dia con su noche en el Convento de . . . se presentaba para acompañar á su hijo en la primera comunión.

Angel recibía, pues, en aquella misma hora dos milagros.

Su deuda estaba pagada.

LAS TRES MASCARAS.

MUNDO.

Monarca de la tierra levantado,
Traza de valenton farandulero;
Temible con los pobres y altanero,
Con los grandes sumiso y apocado.

De errores y mentiras coronado,
Gobierna con el cetro del dinero;
Vende ilusiones para el orbe entero
Y cobra desengaños al contado.

Cabeza loca, corazón vacío,
Bajo piel de cordero es una fiera,
En ciencia ateo, en religión impío:

No teme á Dios ni en su justicia espera,
Es, en fin, vera efigie del judío...
Con esas prendas ámele quien quiera!

DEMONIO.

Negrero traficante en carne humana,
Con banderín de enganche establecido:
Negó servicio á Dios y lo ha cumplido,
Soberbia libertad de que se ufana.

Sabe mucho de intriga cortesana,
Promete audaz y niega lo ofrecido;
Honra, oro y placer son su partido,
Con que mil necios corazones gana.

Es en galas y chanzas el primero,
En gramática parda sin segundo;
Príncipe poderoso y lisonjero,
Sin rival entre damas en el mundo.....

Tiene otra gracia por su mal, y es ésta:
Que huele á perros con hedor que apesta!...

CARNE.

Cualquiera que la escuche... ¡pobrecita!...
Cuánta razón no prestará á su queja?...

Ella, moza gentil, jamona ó vieja,
Por dar gusto no más se despepita.
¿Qué importa su exterior? fea ó bonita,
Sin grave tentación á nadie deja;
Lo mismo al que le escapa, ó la festeja,
Justos y pecadores sollicita.

Desde Adán, es la pícaro serpiente
A nuestra débil voluntad colgada,
Forzándola á caer en la pendiente....

Del mundo y el demonio es aliada,
Y puede más que entrámbos con su diente,
¡Mona muerta de risa y descarada!....

José Llorens.

ESCLAVO DE SU PALABRA.

Eran dos individuos; uno de faz rubicunda
y cabeza casi desprovista de cabellos, y otro
con rostro pálido, adornado con grandes barbas
y abundante y enmarañada cabellera.

Cierta mañana el primero visitó al segundo
é inclinándose ante él ceremoniosamente:
—Caballero—dijo—tengo el honor de saludar á vd.

—Caballero—respondió el visitado sacudiendo su melena al corresponder al saludo—
honra vd. esta casa con su presencia y celebraría mucho saber el objeto....

Hablando así ofreció un asiento al visitante que dió las gracias con una nueva y profunda inclinación de cabeza, y habló así:

—Debo suponer que ha oído vd. hablar de mí en más de una ocasión.

—Confieso á vd., caballero, que no ha llegado hasta mí el eco de su fama. Si es cierto, como dicen, que el renombre de una persona se extiende con una velocidad de 340 metros por segundo, no hay duda de que vd. reside en el más lejano extremo de la China.

—No, señor, habito cerca de aquí; en la calle de la Paz.

—Hermosa calle. Hace tiempo que no paso por ella... ¿Y á qué se dedica vd. en la calle de la Paz?

—Tengo allí, como vd. no ignora, una sastretería, que aunque no es la mejor de París...

—No sea vd. modesto y dispense si le he interrumpido... Por lo demás siento mucho

que se haya molestado en venir; no necesito ropa por ahora.

—Pero yo necesito dinero y vengo á buscarlo. Recordará vd....

—Tengo una memoria fatal y no me acuerdo hoy de lo que ayer hice. Esto no obsta para que le reitere la expresión del sentimiento que me causa su molestia... porque resulta que este mes no puedo dar á vd. cantidad alguna.

—¡Vamos, la historia de siempre!

Del rostro del individuo melencólico desapareció la expresión de afabilidad.

—¿Qué historia es esa?—exclamó secamente.

—Pues... la historia eterna. Supongo, caballero, que comprenderá vd. lo que quiero decir.

—Supone vd. mal. No soy adivinador y desconozco por completo la historia á que vd. se refiere. Únicamente sé que no tengo un céntimo y así se lo he manifestado con toda claridad... ¿Lo ha entendido vd., señor mío?

—Perfectamente... Pero como esa declaración no me satisface....

El deudor adoptó una actitud de hombre ofendido en su dignidad y preguntó en tono severo:

—¿Qué significan esas palabras y ese gesto? ¿Es que se permite vd. dudar de mi formalidad?

—¡Naturalmente! Comprenda vd. que tengo motivos sobrados... En el transcurso de un año he enviado á vd. once veces la factura, y otras tantas me la ha devuelto vd. diciendo lo mismo que he oído hace pocos instantes: Este mes no puedo dar cantidad alguna.

Oyendo estas palabras el individuo pálido y barbudo dulcificó algo su semblante y replicó con ademán y acento persuasivo:

—Efectivamente: once veces he dicho á vd., en el transcurso de un año, que no podía pagarle la factura... ¿Acaso se la he pagado algún mes?

—No, señor.

—Pues entónces, ¿qué motivos tiene vd. para quejarse ni para poner en duda mi seriedad?

GEORGE AURIOL.

GLACIAL.

Tú no sabes amar! ¿acaso intentas

Darme calor con tu mirada triste?

El amor nada vale sin tormentas,

Sin tempestades el amor no existe.

¿Y sin embargo dices que me amas?

Nó, no es amor lo que hacia mí te mueve:

El amor es un sol hecho de llamas,

Y en los soles jamás cuaja la nieve.

El amor es volcán, es rayo, es lumbre,

Y debe ser devorador, inmenso;

Debe ser huracán, debe ser cumbre,

Debe alzarse hasta Dios, como el incienso.

¿Pero tú piensas que el amor es frío,

Que ha de asomar en ojos siempre yertos?

Con tu anémico amor, anda, bien mío,

Anda al osario á enamorar los muertos!

Julio Flores.

Colombiano.

EL BRILLANTE DE GRAN PRECIO.

(CUENTO ALEMÁN.)

Un honrado padre de familia, cargado de años y riquezas, quiso disponer de sus bienes entre sus tres hijos, repartiendo en partes iguales el fruto de sus desvelos y afanes. Después de haber asignado á cada uno su parte, "sólo me queda, les dijo, un brillante de gran precio; lo destino á aquel de vosotros que practique la mejor acción, y os doy tres meses de tiempo para ello."

Al momento se marcharon los tres jóvenes, y volvieron al cumplir el plazo.—"Padre mío, dijo el mayor, durante mi ausencia me

confió un banquero todos sus bienes, que ascendían á cantidades considerables; no tenía en su poder recibo alguno, prueba ni indicio de que yo hubiera tomado el dinero: lo maneje de la mejor manera posible, y á su regreso se lo he devuelto con las ganancias, sin faltarle un solo maravedí. Esta fidelidad, ¿no os parece digna de alabanza?"

—"Sin duda alguna, respondió el padre; pero, en último resultado, tú no has hecho más que cumplir con tu deber; la probidad es un deber; y serías criminal si hubieras obrado de otro modo; tu acción es de justicia, no de generosidad."

—"Me encontraba paseando á orillas de un lago, dijo el segundo, cuando vi á una infeliz criatura que había caído é iba á ahogarse; sin mi auxilio hubiera perecido, y yo me arrojé al agua y logré salvarla: los habitantes del pueblo vecino pueden dar testimonio de la verdad de mi relato."

—"Bien hecho, contestó el padre; pero no encuentro gran desinterés ni abnegación en este acto; hay caridad, humanidad... pero veamos qué ha hecho el tercero de mis hijos."

—"Padre, dijo el último, me perseguía un enemigo mortal, á quien temía, y caminando una noche, le encontré dormido al borde de un precipicio: al menor movimiento ó descuido se hubiera precipitado en mil pedazos sobre las rocas. Tomé las precauciones convenientes, y con mucho cuidado le trasladé á otro paraje donde estuviera seguro."

—"¡Ah, hijo mío! dijo el padre con lágrimas en los ojos y abrazándole, ¡nadie merece la sortija tanto como tú!"

MI CORAZON.

(DE READ.)

Al darme Dios la vida, desgraciado!
Al mundo vine con funesto sino:
Un corazón me dió viejo y gastado
Que llevo, por desgracia, desde niño.

Un corazón que en otro tiempo acaso
Nido fué de ilusiones y sonrisas,
Y hoy llega ya sin fuerzas á su ocaso
Bajo el escombros de sus propias ruinas.

Ha sufrido quebrantos y torturas,
De luchas mil el espantoso estrago.
¿Qué ha causado sus negras desventuras?
Yo no lo sé, ni puedo adivinarlo.

Tiene recuerdos ya medios borrados
De pasiones que nunca fueron mías:
Flores muertas, incendios apagados,
Soles extintos al nacer del día.

Por soberbias que nunca he comprendido
Un fuego del averno le devora;
Y de amores que yo nunca he sentido
Perfumadas reliquias que le agobian.

Oh tormento terrible de mi vida!
Oh dolor sin igual que me acompaña!
Vivir, vivir amando sin medida,
E ignorar, oh gran Dios, lo que se ama!

CANTARES.

Siempre que salgo al mundo
mis pies tropiezan
con los restos podridos
de una honra muerta.

No dejes que los gusanos
se apoderen de mis huesos,
que calentaron tus manos
y estremecieron tus besos.

¿Con qué objeto, desde niños,
tantos afectos se adquieren,
si los mejores cariños,
ó nos matan, ó se mueren?

Dios quiso para amargarnos
el manantial del placer,
que llegue más á gustarnos,
la más funesta mujer.